

Notas sobre la formación de símbolos*

Hanna Segal
(Londres)

La comprensión e interpretación del simbolismo inconsciente, es uno de los instrumentos principales del psicólogo. Se ve a menudo enfrentado a la tarea de comprender y reconocer el significado, no sólo de un símbolo particular, sino también del proceso total de la formación de símbolos. Esto es especialmente aplicable al trabajo con pacientes que presentan una perturbación o inhibición de la formación o de la utilización de los símbolos, como ocurre, por ejemplo, en psicóticos o esquizoides.

He aquí un ejemplo muy elemental, tomado de dos pacientes. Uno —a quien llamaré A— era esquizofrénico y estaba internado en un hospital psiquiátrico. Una vez su médico le preguntó porqué, al enfermarse, había dejado de tocar el violín. El enfermo contestó con cierta violencia: “¿cómo?, ¿usted espera que yo me masturbe en público?”.

Otro paciente, B, soñó una noche que tocaba un dúo de violín con una muchacha. De una serie de asociaciones con movimientos de manos, masturbación, etc., emergió claramente que el violín representaba su genital, y tocar el violín representaba una fantasía masturbatoria de relación con una muchacha.

Resulta, pues, que los dos pacientes usaban aparentemente los mismos símbolos en la misma situación —el violín representando el genital masculino y tocar el violín representando la masturbación—. Pero, sin embargo, el modo como funciona el símbolo es muy diferente. Para A, el violín se había igualado tanto con su genital, que se había tornado imposible tocarlo en público. Para B,

* Traducido del “International Journal of Psycho-Analysis”, T. XXXVIII, parte 6, año 1957.

tocar el violín en su vida cotidiana constituía una importante sublimación. Podríamos decir que la principal diferencia entre ellos es que, para A, el significado simbólico del violín era consciente, y, para B, inconsciente. No pienso, sin embargo, que ésta sea la diferencia más importante entre los dos pacientes. En el caso de B, cuando el significado del sueño se volvió plenamente consciente, ello no impidió de modo alguno que siguiera usando su violín. Por otra parte, en A había muchos símbolos que operaban inconscientemente, de la misma manera como usaba al violín en un plano consciente.

Tomemos otro ejemplo —esta vez de un paciente esquizofrénico en situación analítica—. A una sesión de las primeras semanas de su análisis, vino sonrojado y riendo vergonzosamente y no habló durante toda la hora. Descubrimos posteriormente que inmediatamente antes de la sesión había asistido a una clase de terapia ocupacional, durante la cual se había dedicado a la carpintería y construido un taburete.** La razón de su silencio, sonrojo y risa, era que no se decidía a hablarme del trabajo que estaba haciendo. Para él, el taburete en el que estaba trabajando, la palabra que tendría que usar para referirse a él y las heces que depositaba en el cuarto de baño, eran absolutamente una y la misma cosa, tanto que se volvía incapaz de mencionármelo. Se aclaró luego, en el análisis, que la ecuación de la palabra, el taburete y las heces era, en aquel momento, completamente inconsciente. Sólo tenía consciencia el paciente de que se sentía avergonzado y no podía hablarme.

La principal diferencia entre el primer y segundo pacientes mencionados, en cuanto al uso del violín como símbolo del genital masculino, no estriba en que en un caso el símbolo era consciente y en el otro inconsciente, sino en que en el primer caso se lo sentía como siendo el genital y en el segundo como representándolo.

Según la definición de Ernest Jones (2), el violín del esquizofrénico A sería considerado como un símbolo. También el del sueño de B. Pero el violín no constituiría un símbolo en la vida diaria de B, cuando lo usaba en forma sublimatoria.

** Nota de la traductora: La palabra en el texto inglés es *stool*, que es homónima para taburete y excrementos

En un trabajo publicado en 1916 (2), Jones diferenció el simbolismo inconsciente de otras formas de “representación indirecta”, y formuló las siguientes precisiones acerca del verdadero simbolismo inconsciente:

(I) Un símbolo representa algo que ha sido reprimido de la consciencia. Todo el proceso de simbolización se lleva a cabo inconscientemente.

(II) Todos los símbolos representan ideas sobre “el self, sobre las relaciones consanguíneas inmediatas y sobre los fenómenos del nacimiento, la vida y la muerte”.

(III) Un símbolo tiene un significado constante. Muchos símbolos pueden usarse para representar la misma idea reprimida, pero cada símbolo tiene un significado constante, que es universal.

(IV) El simbolismo surge como resultado de un conflicto intrapsíquico entre “las tendencias represoras y lo reprimido”. Más aún, “sólo lo reprimido es simbolizado, sólo lo que se encuentra reprimido necesita ser simbolizado”.

También distingue entre sublimación y simbolización. “Los símbolos”, dice, “surgen cuando el afecto que inviste a la idea simbolizada no se ha mostrado, en lo que concierne al símbolo, capaz de la modificación cualitativa que denota el término sublimación

Efectuando un sumario de las puntualizaciones de Jones puede decirse que, cuando debido a un conflicto, un deseo tiene que ser abandonado y reprimido, puede expresarse de modo simbólico y el objeto del deseo abandonado es reemplazado por un símbolo.

El trabajo analítico posterior, y particularmente el análisis de juego de niños pequeños, ha confirmado plenamente algunas de las precisiones formuladas por Jones. Los primeros intereses e impulsos del niño se dirigen hacia su propio cuerpo y hacia los cuerpos de sus padres, y son estos impulsos y objetos existentes en el inconsciente, los que, por medio de la simbolización, originan todos los intereses posteriores. Sin embargo, la afirmación de Jones de que los símbolos se forman cuando no hay sublimación, provocó pronto discrepancias. Jones mismo, como Freud, escribió muchos interesantes trabajos que analizaban el contenido de obras de arte. Melanie Klein, en un trabajo de 1923 (3) sobre análisis tempranos, no coincidió con la opinión de Jones sobre la relación entre simbolización y sublimación. Trató de mostrar

cómo el juego de los niños —una actividad sublimada— es expresión simbólica de ansiedades y deseos.

Podríamos considerar que se trata de un problema de terminología y aceptar el parecer de Jones de que se debe llamar símbolos sólo a aquellos sustitutos que reemplazan al objeto sin ningún cambio de afecto. Por otra parte, se obtienen grandes ventajas si se extiende la definición de modo que abarque los símbolos usados en la sublimación. En primer lugar, esta definición ampliada coincide mejor con el uso lingüístico común. El concepto de Jones excluye a la mayoría de los que son llamados “símbolos” en otras ciencias y en el lenguaje cotidiano. En segundo lugar, parece observarse un desarrollo continuo desde los símbolos primitivos, tales como los describió Jones, a los símbolos usados en la expresión, la comunicación, el descubrimiento, la creación, etc., como lo describiré más adelante. En tercer lugar, resulta difícil establecer una conexión entre los procesos mentales y los deseos primitivos tempranos, si no se admite el concepto ampliado de simbolismo. Desde el punto de vista analítico, el interés del niño hacia el mundo externo está determinado por una serie de desplazamientos de afecto e intereses desde los objetos más tempranos a los nuevos. Y, ¿cómo podríamos hablar de un desplazamiento que se realizara de otro modo que por una simbolización?

Melanie Klein planteó en 1930 (3) el problema de la inhibición de la formación de símbolos. Describió un niño autista, Dick, de cuatro años de edad, que no hablaba ni jugaba; no mostraba afecto ni ansiedad y nada de lo que lo rodeaba despertaba su interés, excepto los pestillos de las puertas, las estaciones y los trenes, que parecían fascinarlo. El análisis reveló que el niño estaba aterrorizado de su agresividad hacia el cuerpo de su madre, y del cuerpo de su madre a quien sentía haber vuelto malo debido a los ataques que le había dirigido; en razón de la intensidad de su angustia había erigido poderosas defensas contra las fantasías sobre la madre. El resultado fue una parálisis de su vida de fantasía y de la formación de símbolos. No había dotado de ningún significado al mundo que lo rodeaba y, por lo tanto, no le interesaba. Melanie Klein llegó a la conclusión de que si la simbolización no se produce, todo el desarrollo del Yo se ve detenido.

Si aceptamos este punto de vista, todo el proceso de simbolización requerirá un nuevo y más cuidadoso estudio. Para empezar, siguiendo a C.

Morris (4), creo conveniente considerar que el establecimiento de un símbolo es una relación de tres términos, i.e. una relación entre la cosa simbolizada, la cosa que funciona como símbolo y la persona para quien la una representa a la otra. En términos psicológicos, el simbolismo sería una relación entre el Yo, el objeto y el símbolo.

La formación de símbolos es una actividad del Yo destinada a elaborar las ansiedades que surgen de la relación con el objeto; es decir, fundamentalmente, del miedo a los objetos malos y del miedo a perder o no lograr los objetos buenos. Las perturbaciones de la relación del Yo con los objetos se reflejan en perturbaciones de la formación de símbolos. Perturbaciones en la diferenciación entre el Yo y el objeto conducen a perturbaciones en la diferenciación entre el símbolo y el objeto simbolizado y, por lo tanto, a un pensamiento concreto, característico de las psicosis.

La formación de símbolos comienza muy temprano, probablemente tan pronto como las relaciones objetales, pero modifica su carácter y sus funciones paralelamente a los cambios del Yo y de las relaciones de objeto. El grado de desarrollo del Yo y su modo de proceder con los objetos se refleja con exactitud, no sólo en el contenido de los símbolos, sino especialmente en el modo cómo son formados y usados. Si se considera al simbolismo como una relación de tres términos, los problemas de la formación de símbolos deben examinarse en el contexto de las relaciones del Yo con sus objetos.

Trataré de describir brevemente algunas actitudes básicas del Yo hacia los objetos y el modo como pienso que influyen sobre los procesos de formación de símbolos y sobre el funcionamiento del simbolismo. Mi descripción se basa sobre los conceptos de Melanie Klein (3) de posición esquizoparanoide y posición depresiva. Según ella, el estadio oral del desarrollo se divide en dos fases, la primera de las cuales es el punto de fijación del grupo de las esquizofrenias y la segunda el de las enfermedades maníaco-depresivas. Seleccionaré para mi descripción, que deberá ser necesariamente esquemática, sólo aquellos puntos aplicables al problema de la formación de símbolos.

Las primeras relaciones de objeto del bebé presentan las siguientes características principales: se disocia al objeto en uno idealmente bueno y otro totalmente malo. La finalidad del Yo es unirse en forma total con el objeto ideal y aniquilar totalmente al objeto malo y a las partes malas del self. El pensamiento omnipotente prevalece, mientras que el sentido de realidad es

intermitente y precario. El concepto de ausencia es casi inexistente, pues, cuando no se produce la unión gratificante con el objeto ideal, el Yo, en vez de experimentar ausencia, se ve atacado por la contrapartida del objeto bueno — el o los objetos malos—. En este momento se produce la gratificación alucinatoria de deseos, descrita por Freud, en la que el pensamiento crea objetos, que entonces son sentidos como disponibles. Según Melanie Klein, éste es también el momento de la alucinación de lo malo, es decir que, si las condiciones ideales no se dan, el objeto malo es también alucinado y sentido como real.

En esta fase, la identificación proyectiva es un mecanismo de defensa capital. Mediante ella, el sujeto proyecta, en su fantasía, amplias partes de sí mismo dentro del objeto, quedando entonces identificado el objeto con las partes del self que el sujeto siente, que contiene. Del mismo modo, objetos internos son proyectados afuera e identificados con partes del mundo externo, que entonces pasan a representarlos. Estas primeras proyecciones e identificaciones constituyen los comienzos del proceso de formación de símbolos.

Sin embargo, estos símbolos más tempranos no son sentidos por el Yo como símbolos o sustitutos, sino como el objeto original mismo. Son tan distintos de los símbolos formados posteriormente, que pienso que merecen un nombre que les sea propio. En mi trabajo de 1950 (7), sugerí el término “ecuación”. Pero ahora creo que esta palabra los diferencia demasiado del término “símbolo” y quisiera modificarla aquí por “ecuación simbólica

Pienso que la ecuación simbólica entre el objeto original y el símbolo, en el mundo interno y en el mundo externo, es la base del pensamiento concreto esquizofrénico, donde sustitutos de objetos originales o de partes del self son usados libremente, pero —como en los dos ejemplos de pacientes esquizofrénicos que referí— considerándolos como no diferentes del objeto original: sentidos y tratados como idénticos a éste. Esta no diferenciación entre la cosa simbolizada y el símbolo forma parte de un trastorno en la relación entre el Yo y el objeto. Partes del self y objetos internos son proyectados en un objeto e identificados con él. La diferenciación entre el self y el objeto se ve oscurecida. Sucede entonces que, ya que una parte del Yo está confundida con el objeto, el símbolo —que es una creación y una función del Yo— se

torna, a su vez, confundido con el objeto que simboliza.

Cuando se establecen ecuaciones simbólicas con relación a objetos malos, existe la tentativa de enfrentarse a ellas del mismo modo que al objeto original, es decir, mediante aniquilación total y escotomización. En el trabajo de Melanie Klein mencionado anteriormente (3), parecía que Dick no había formado relaciones simbólicas con el mundo externo. Este trabajo fue escrito en la primera época del análisis de Dick, y yo me pregunto, basándome en mi propia experiencia con esquizofrénicos, si no se habrá revelado posteriormente que Dick había formado numerosas ecuaciones simbólicas en el mundo externo. Si así fuese, estas ecuaciones simbólicas habrían llevado consigo la angustia experimentada en relación con el objeto original, persecutorio o productor de culpa, el cuerpo de la madre, de modo que las habría enfrentado mediante aniquilación, o sea, con un retraimiento total de su interés. Algunos de los símbolos que formó al progresar su análisis, cuando comenzó a mostrar interés hacia varios objetos del consultorio, parecen mostrar las características de las ecuaciones simbólicas. Por ejemplo, cuando al ver virutas de lápiz, dijo: "pobre Sra. Klein". Para él, las virutas eran la Sra. Klein cortada en pedazos.

Así ocurrió en el análisis de mi paciente Edward (7). Apareció en una etapa de su análisis un cierto grado de formación de símbolos, basada en ecuaciones simbólicas; de este modo, su ansiedad se desplazó desde el analista, vivido como objeto interno malo, hacia sustitutos en el mundo externo. Como consecuencia, enfrenté a los numerosos perseguidores externos mediante la escotomización. Esta fase del análisis, cuya duración fue de varios meses, se caracterizó por una extrema limitación de sus intereses hacia el mundo externo. También su vocabulario se tornó muy pobre en ese momento. Se prohibía, y me prohibía, el uso de muchas palabras que sentía, tenían el poder de producir alucinaciones y, por lo tanto, debían ser abolidas. Este comportamiento es asombrosamente similar al de una tribu paraguaya, los Abipones, que no toleran nada que les recuerde la muerte. Cuando muere un miembro de la tribu, todas las palabras que poseen alguna afinidad con los nombres del difunto son suprimidas inmediatamente del vocabulario. Como consecuencia, su lenguaje es muy difícil de aprender, puesto que está lleno de bloqueos y neologismos que reemplazan a las palabras prohibidas.

El desarrollo del Yo y los cambios en sus relaciones con los objetos, son graduales; así también lo es el cambio símbolos tempranos, que llamé

ecuaciones simbólicas, para convertirse en los símbolos plenamente formados de la posición depresiva. Por lo tanto, es sólo para ofrecer mayor claridad que efectuaré ahora una diferenciación marcada entre las relaciones del Yo en la posición esquizoparanoide y en la posición depresiva, y entre las ecuaciones simbólicas y los símbolos que se forman durante y después de la posición depresiva. La principal característica de la relación de objeto de la posición depresiva, es que el objeto es sentido como total. En conexión con esto, hay un mayor grado de conocimiento y diferenciación de la separación existente entre el Yo y el objeto. Al reconocerse al objeto como un todo, la ambivalencia se experimenta más plenamente. El Yo lucha contra su ambivalencia; su relación con el objeto se caracteriza por culpa, miedo a la pérdida, o sentimiento actual de pérdida y duelo; se esfuerza por recrear al objeto. Al mismo tiempo, los procesos introyectivos se vuelven más pronunciados que los proyectivos, en correspondencia con el esfuerzo para retener dentro de sí al objeto, repararlo, restaurarlo y re-crearlo.

Si las circunstancias favorecen un desarrollo normal, después de repetidas experiencias de pérdida, recuperación y re-creación, se establece firmemente en el Yo un objeto bueno. A medida que el Yo se desarrolla y se integra, ocurren tres cambios en relación con el objeto, que afectan fundamentalmente su sentido de realidad. Estos cambios son una mayor consciencia de la ambivalencia, la disminución de la intensidad de la proyección y una creciente diferenciación entre el self y el objeto; su efecto es que se obtiene un sentido de la realidad interna y externa cada vez mayor. El mundo interno se diferencia del mundo externo. El pensamiento omnipotente, característico de las fases más tempranas, es sustituido gradualmente por un pensamiento más realista. Simultáneamente, y como parte del mismo proceso, se produce una cierta modificación de los fines instintivos primarios. Anteriormente, la finalidad era poseer totalmente al objeto si se lo sentía bueno, o aniquilarlo totalmente si se lo sentía malo. Cuando se reconoce que ambos objetos, bueno y malo, son en realidad uno solo, esos fines instintivos se modifican gradualmente. El Yo se preocupa cada vez más por salvar al objeto de su agresión y deseo de poseerlo. Esto implica un cierto grado de inhibición de los fines instintivos directos, tanto agresivos como libidinales.

Esta situación resulta un estímulo poderoso para la creación de símbolos; además, los símbolos adquieren nuevas funciones que cambian su carácter. Se necesita al símbolo para desplazar agresión del objeto original, disminuyendo así la culpa y el miedo a perder al objeto. Aquí, el símbolo no es equivalente al objeto original, ya que la finalidad del desplazamiento es salvar al objeto, de modo que la culpa experimentada en relación con él es mucho menor que la derivada de un ataque contra el objeto original. También se crean símbolos en el mundo interno, como un modo de restaurar, re-crear, recapturar y apoderarse nuevamente del objeto original. Pero, paralelamente al acrecentamiento del sentido de realidad, ahora se siente a estos símbolos como creaciones del Yo y, por lo tanto, nunca completamente igualados al objeto original.

Freud (1) postula que la modificación de los fines instintivos es una precondition básica de la sublimación. Considero que la formación de símbolos en la posición depresiva requiere una cierta inhibición de los fines instintivos directos en relación con el objeto original, quedando así estos símbolos disponibles para la sublimación. Los símbolos creados internamente pueden entonces ser re-proyectados en el mundo externo, otorgándole significación simbólica.

La capacidad para experimentar pérdida y el deseo de re-crear al objeto en el mundo interno, proporcionan al individuo una libertad inconsciente para usar símbolos. Como se reconoce al símbolo como una creación propia, a diferencia de lo que ocurre en la ecuación simbólica, el sujeto puede usarlo libremente.

Cuando se utiliza como símbolo a un sustituto en el mundo externo, es posible disponer de él con menos trabas que con el objeto original, pues no está totalmente identificado con él. Pero también en tanto se lo distingue del objeto original, se lo reconoce como objeto en sí mismo. Sus propiedades son aceptadas y respetadas, pues no hay una confusión con el objeto original que oscurezca las características de este nuevo objeto usado como símbolo.

A veces, puede observarse muy claramente en un análisis los cambios en las relaciones simbólicas a través de la actitud del paciente hacia sus heces. En el nivel esquizoide, el paciente espera que sus heces sean el pecho idealizado; si no puede mantener esta idealización, sus heces se vuelven persecutorias y son expelidas como un pecho despedazado, destruido y perseguidor. Si el paciente trata de simbolizar a sus heces en el mundo ex-

terno, estos símbolos son sentidos como heces perseguidoras. En estas condiciones, no puede producirse ninguna sublimación de las actividades anales.

En el nivel depresivo, el paciente siente que el pecho introyectado ha sido destruido por el Yo y puede ser re-creado por el Yo. Entonces se hace posible sentir a las heces como algo creado por el Yo con el objeto y valorizarlas como símbolo del pecho y, al mismo tiempo, como un buen producto de la capacidad creadora del Yo.

Cuando esta relación con las heces y otros productos corporales ha sido establecida, es factible una proyección sobre sustancias del mundo externo, tales como pintura, arcilla, etc., que se usen para sublimar.

Una vez logrado este estadio del desarrollo, no es, por supuesto, irreversible. Si las ansiedades son demasiado intensas, puede ocurrir una regresión a la posición esquizoparanoide en cualquier etapa del desarrollo individual y puede recurrirse a la identificación proyectiva como defensa frente a la angustia. Sucede entonces que los símbolos que se habían establecido y funcionado como tales en la sublimación, retroceden a la etapa de ecuaciones simbólicas concretas. Esto obedece principalmente a que, en la identificación proyectiva masiva, el Yo se confunde nuevamente con el objeto, y el símbolo se confunde con la cosa simbolizada y, por lo tanto, se vuelve una ecuación.

En el paciente esquizofrénico A, referido al comienzo de este trabajo, se observaba el derrumbe de una sublimación ya establecida. Antes de este derrumbe esquizofrénico, el violín había funcionado como símbolo y se lo utilizaba para sublimar. Sólo quedó concretamente igualado al pene con la iniciación de la enfermedad. Al producirse la identificación proyectiva, con la resultante confusión entre los símbolos usados por el Yo —entre la palabra, el pensamiento y el objeto a simbolizar—, las palabras formadas cuando el Yo era relativamente maduro se igualan con los objetos a quienes debieran representar y son experimentadas como objetos concretos.

Quisiera ahora resumir lo que entiendo con los términos “ecuación simbólica” y “símbolo” respectivamente y las condiciones en las cuales surgen. En la ecuación simbólica, el símbolo sustituto es sentido como siendo el objeto original. Las propiedades del sustituto no son reconocidas ni admitidas. La ecuación simbólica se usa para negar la ausencia del objeto ideal o para

controlar a un objeto perseguidor. Pertenece a los estados primitivos del desarrollo.

El símbolo propiamente dicho, disponible para la sublimación y promotor del desarrollo del Yo, es sentido como representando al objeto; sus características propias son reconocidas, respetadas y usadas. Surge cuando los sentimientos depresivos predominan sobre los esquizoparanoides, cuando la separación, la ambivalencia, la culpa y la pérdida pueden ser experimentadas y toleradas. El símbolo no se usa para negar, sino para superar la pérdida. Cuando el mecanismo de la identificación proyectiva es utilizado como defensa frente a ansiedades depresivas, símbolos ya formados y funcionando como tales pueden retroceder a ecuaciones simbólicas.

La formación de símbolos rige la capacidad de comunicarse, ya que toda comunicación se realiza por medio de símbolos. Cuando ocurren trastornos esquizoides en las relaciones de objeto, la capacidad de comunicación queda igualmente trastornada: primero, porque la diferenciación entre el sujeto y el objeto se confunde; segundo, porque faltan los medios de comunicación, puesto que los símbolos se viven en forma concreta y, por lo tanto, no son aptos para la comunicación. Un problema siempre recurrente en el análisis de pacientes psicóticos es la dificultad de comunicación. Por ejemplo, las palabras, ya sean pronunciadas por el analista o por el paciente, se sienten como objetos o acciones, y no se pueden usar para comunicarse.

Los símbolos son necesarios no sólo para la comunicación con el mundo externo, sino también para la comunicación interna. Cabe preguntarse qué queremos significar cuando hablamos de personas que tienen buen contacto con su inconsciente. No queremos decir que son conscientes de fantasías primitivas, como las que se harán evidentes durante su análisis, sino simplemente que tienen cierto conocimiento de sus propios impulsos y sentimientos. Sin embargo, creo que queremos significar más que esto; queremos significar que tienen una comunicación efectiva con sus fantasías conscientes. Y esta comunicación, como cualquier otra, sólo puede hacerse con la ayuda de símbolos. Es decir que, en las personas cuyo contacto con el inconsciente es bueno, hay una formación de símbolos libre y constante, mediante la cual les es posible un conocimiento consciente y un control sobre las expresiones simbólicas de las fantasías inconscientes primitivas subyacentes. La dificultad

para tratar pacientes esquizofrénicos y esquizoides no reside tanto en que no pueden comunicarse con nosotros, sino más aún en que no pueden comunicarse con ellos mismos. Cualquier parte de su Yo puede estar disociada de cualquier otra parte, sin ninguna comunicación posible entre las dos.

Pienso que la capacidad para comunicarse consigo mismo mediante símbolos, es la base del pensamiento verbal —que es la capacidad de comunicarse consigo mismo mediante palabras—. No toda la comunicación interna es pensamiento verbal, pero todo el pensamiento verbal es una comunicación interna por medio de palabras-símbolos.

Un aspecto importante de la comunicación interna es la integración de los deseos, ansiedades y fantasías tempranos en los estadios posteriores del desarrollo, por medio de la simbolización. Por ejemplo, todos los fines más tempranos —anales, uretrales, orales— pueden expresarse y gratificarse simbólicamente en la función genital plenamente desarrollada, como lo describe en forma magnífica Ferenczi en *Thalassa*.

Esto me conduce al último punto que discutiré en este trabajo. Pienso que una de las tareas importantes que realiza el Yo en la posición depresiva consiste en manejar, además de las ansiedades depresivas, conflictos anteriores no resueltos. Para enfrentar estos conflictos anteriores no resueltos, el Yo utiliza un logro de la posición depresiva, la capacidad para simbolizar, y así disminuye la ansiedad y resuelve los conflictos simbolizándolos. Sucede así que ansiedades que no lograron ser elaboradas anteriormente, debido al carácter extremadamente concreto de la experiencia con el objeto o con sus sustitutos en la ecuación simbólica, consiguen ser elaboradas de modo gradual, por medio de la simbolización, como función de un Yo más integrado, y entonces ser integradas ellas también. Durante la posición depresiva y posteriormente, los símbolos se forman no sólo con el objeto total destruido y re-creado, característico de la posición depresiva, sino también con el objeto clivado —extremadamente bueno y extremadamente malo—, y no sólo con el objeto total, sino también con objetos parciales. Algunas de las relaciones de objeto paranoides e ideales pueden ser simbolizadas, dentro de la posición depresiva, como parte de un proceso integrativo.

El cuento de hadas constituye un ejemplo que ilustra este punto. Se refiere

básicamente a la bruja, al hada madrina, al príncipe encantado, al ogro, etc., y posee una parte importante de contenido esquizofrénico. Sin embargo, se trata de un producto altamente integrado, una creación artística que simboliza plenamente las ansiedades y deseos tempranos del niño. Quisiera ilustrar la función del cuento de hadas mediante el material de una adolescente esquizofrénica. Era una chica que se había mostrado abiertamente esquizofrénica y alucinada desde los cuatro años. No obstante, poseía muchos rasgos depresivos y había en su vida fases de integración relativamente mayor. En estas fases, en las que se sentía menos perseguida y podía extrañar a sus padres, acostumbraba escribir cuentos de hadas. En las fases peores, las figuras malas de sus cuentos de hadas cobraban vida y la perseguían. Un día, después de varias semanas de silencio, durante las cuales estaba obviamente alucinada en forma muy persecutoria, se volvió súbitamente hacia mí y me preguntó con mucho miedo: “¿Qué son las brujas de Lancashire?”. Yo nunca había oído hablar de las brujas de Lancashire, no me las había mencionado antes, pero sabía que la paciente provenía de Lancashire. Después de algunas interpretaciones, me contó que cuando tenía aproximadamente once años (en ese tiempo había pasado un año entero sin alucinaciones), había escrito un cuento de hadas sobre las brujas de Lancashire. La fase del análisis que siguió a esta sesión fue muy reveladora. Resultó que las brujas de Lancashire la representaban a ella y a su madre. Esta situación de ansiedad se remontaba a su temprana infancia, en la que se veía a sí misma y a su madre como devorándose la una a la otra o devorando al padre. Cuando luego logró un mayor grado de integración y estableció una relación más realista con sus padres, la situación previa fue enfrentada mediante formación de símbolos, escribiendo un cuento de hadas sobre las brujas de Lancashire. Cuando más tarde su salud se dete⁴oró, la situación persecutoria anterior se repitió intensa y concretamente, pero en una forma nueva. El cuento de hadas adquirió vida: las brujas de Lancashire —figuras del cuento de hadas que ella había creado— se tornaron realidad externa concreta. Resultó muy claro en el consultorio cómo esta concretización del cuento, de hadas dependía de la identificación proyectiva. Se volvió hacia mí y me preguntó por las brujas de Lancashire. Suponía que yo sabía quiénes eran. En verdad, pensaba que yo era una de las brujas de Lancashire. Fantaseaba inconscientemente haber puesto en mí la parte de ella inventora de las brujas de Lancashire, y había perdido contacto

con esta parte. En esta proyección, perdió todo sentido de realidad y todo recuerdo de que era ella quien había creado este símbolo, las “brujas de Lancashire”. Su símbolo quedó confundido conmigo, como objeto externo presente, y entonces se volvió para ella una realidad externa concreta —yo me había convertido en una bruja de Lancashire—.

El modo como el Yo en maduración maneja las relaciones de objeto tempranas, durante el proceso de elaboración de la posición depresiva, es de fundamental importancia. Puede lograrse, durante la posición depresiva, una cierta integración y relaciones con objetos totales, acompañadas del clivaje de experiencias tempranas del Yo. Esta situación conduce a que exista algo así como un reducto de esquizofrenia aislada en el Yo, que constituye una amenaza constante para la estabilidad. En el peor de los casos, ocurre un derrumbe psíquico y las ansiedades tempranas y las ecuaciones simbólicas clivadas invaden al Yo. En el mejor de los casos, puede desarrollarse y funcionar un Yo relativamente maduro, pero restringido.

Pero si el Yo es suficientemente fuerte y capaz de manejar ansiedades durante la posición depresiva, logra integrar en él un número mucho más importante de situaciones tempranas y elaborarlas por medio de la simbolización, de modo que se beneficia con toda la riqueza de las experiencias arcaicas.

La palabra “símbolo” proviene del término usado por los griegos para significar reunir, reconciliar, integrar. Pienso que el proceso de formación de símbolos es un proceso continuo de reconciliación e integración de lo interno con lo externo, del sujeto con el objeto, de las experiencias tempranas con las posteriores.

Traducido por **Luisa de Urtubey**.

BIBLIOGRAFIA

1. FREUD, S.— “The Ego and the Id”.
2. JOKES, Ernest (1916).—”The Theory of Symbolism”. Papers on Psycho-Analysis.
3. KLEIN, Melanie (1930).— “On the Importance of Symbol Formation in the Development of the Ego”. Contributions to Psycho-Analysis, 1921-45.
4. MORRIS, O.— “Foundations on the Theory of Signs”. International Encyclopedia of Unified Science, 2.
5. RODRIGUE, E.— Notes on Symbolism. “Int. J. Psycho-Anal.”, 37.
6. RYCROFT, O.— Symbolism and its Relation to Primary and Secondary Processes. “Int. J. Psycho-Anal.”, 37.
7. SEGAL, II. (1950).— Some Aspects of the Analysis of a Schizophrenic. “Int. J. Psycho-Anal.”, 31.
8. (1952).— A Psycho-Analytic Contribution to Aesthetics. “Int. J. Psycho-Anal.”, 33.
9. (1955).— Depression in the Schizophrenic. “Int. J. Psycho-Anal.”, 36.